

CAPÍTULO 47. EL SUTRA DEL LOTO: UN RETO INTERRELIGIOSO PARA LA TEOLOGÍA OCCIDENTAL

Juan Masiá Clavel

Universidad Sophia, Tokyo

La publicación en castellano de la traducción del Tríptico de los Sutas del Loto¹ ha sido una oportunidad favorable para reflexionar sobre dos retos fuertes que plantea a la teología cristiana occidental el encuentro con religiosidades orientales: la necesidad de relativizar el lenguaje teológico y la exigencia de renunciar al exclusivismo e integrar y asumir el pluralismo religioso. Quisiera resaltar en esta breve comunicación dos temas centrales del Sutra del Loto; 1) Los recursos salvíficos (en sánscrito *upaya*, y en japonés, *hōben*) de la predicación del Buda como relativización del lenguaje religioso. 2) El “vehículo único” a través de la pluralidad de manifestaciones, como expresión del pluralismo religioso.

Tradicionalmente se ha llamado a este sutra «soberano entre las escrituras sagradas» y está considerado como una de las principales exposiciones clásicas de la entraña de la enseñanza budista. Pasados unos siglos desde el despertar de Gautama a la lucidez perfecta y la compasión universal, las explicaciones teóricas de las diversas escuelas se complican, los rituales se formalizan y las fuentes de espiritualidad padecen sequía. Pero el movimiento Mahayana trajo una nueva vitalidad renovadora del budismo alrededor del siglo primero de la era común. A las exageraciones especulativas y las reacciones místicas habían sucedido los cuestionamientos de ambas por parte de quienes hoy llamaríamos desconstructores o desmontadores, equivalentes lejanos de las teologías negativas en el Medievo europeo. Surgió, al fin, la sabiduría de la simplicidad compleja diciendo: “solamente una cosa es necesaria”. Y ése es precisamente uno de los mensajes centrales del Sutra del Loto: La unidad en la diversidad y la prioridad de la experiencia religiosa básica sobre la variedad de sus expresiones.

No hay muchos vehículos, sino uno solo, se nos repite en el Sutra del Loto. El Buda se manifiesta de diversas maneras y utiliza diversos lenguajes, que han de ser relativizados. Para salvar a todo el mundo habla en cada momento y lugar el lenguaje asequible al auditorio. Pero todos los lenguajes y vehículos son hábiles recursos, estrategias salvíficas (*hōben* en japonés, *upaya* en sánscrito).

En el sabio del clan de los Shaka, el Shakamuni (Sakyamuni en sánscrito; Shakamuni en japonés y español), se manifestó, como en otros Budas o iluminados, el secreto del Buda eterno, símbolo de la Vida que sostiene y

¹ *El Sutra del Loto*, trad. y ed. de Juan Masiá Clavel (sobre la versión japonesa, en colaboración con Ikuko Tani, Kouchirō Yoshida y Emilio Masiá), ed. Sígueme, Salamanca, 2009

envuelve todo, que existe desde siempre y para siempre. Discuten los lingüistas si su nombre debe traducirse literalmente como «el Así-ido» o «el Así-venido». En realidad, es el «Así-Siempre-Presente». En japonés, Nyorai, el que viene de la luz y de la realidad; en sánscrito, Tathâgata, el «así tal cual», al que la devoción popular llamará el Bhagavat o Bienaventurado, el Reverenciado en todo el mundo.

La enseñanza del Buda se supone que no es exclusivamente para un grupo selecto de monjes, sino para todo el mundo. No está en libros o templos, sino en la práctica. Y la práctica es el camino del bodisatva: alguien en camino hacia la Iluminación perfecta, hasta convertirse en un Buda, pero que retrasa su logro del nirvana para permanecer dedicado a vivir para la salvación de todo el mundo por el camino de la compasión: maitri y karuna en sánscrito, jiji en japonés.

Se repite en varios capítulos el oráculo esperanzador que anuncia, primero a discípulos y después a cualquier persona: «Os podréis convertir en Budas». Eso es posible porque dentro de cada persona –con total igualdad, sin distinción de castas– se puede descubrir la budeidad o naturaleza búdica; con otras palabras, la iluminabilidad o capacidad de alcanzar la iluminación, porque ya está la luz de vida y el secreto de la flor de loto en el interior de cada persona.

He mencionado intencionadamente en estos párrafos introductorios varios temas claves del texto: el Buda eterno, llamado el Así-Siempre-Presente, el camino ascético y compasivo del bodisatva, la ayuda de los recursos y parábolas para transmitir la enseñanza y el descubrimiento de la presencia búdica de la iluminabilidad en nuestro interior. Con estas palabras clave como marco nos podemos colocar ante el texto como quien contempla un retablo o un mandala, cuyo título y lema sería “lucidez y compasión”

Lucidez y compasión son dos palabras clave a lo largo de este sutra. La figura de la «persona en camino de la iluminación» (en sánscrito, bodhisattva; castellanizado, bodisatva), en las corrientes budistas llamadas del Gran Vehículo (Mahayana) encarna las dos actitudes fundamentales resumidas en estas dos palabras clave. El bodisatva halla la lucidez practicando la meditación y avanza por el camino enseñado por el Buda, realizando la compasión; aspira a alcanzar la budeidad o lucidez de la iluminación, pero renuncia a entrar en el nirvana definitivamente, con el fin de dedicarse compasivamente a la liberación de los demás vivientes. En las corrientes de budismo Mahayana, esta figura ideal del bodisatva ha sustituido a la imagen del asceta tradicional en el budismo llamado del Pequeño Vehículo (Hinayana): un santo asceta (arhat) retirado del mundo, cuyo esfuerzo de ascesis y de meditación se concentraba en lograr la propia iluminación y salvación.

El bodisatva tiene una experiencia espiritual que es, ante todo, de lucidez agradecida; pero no la guarda para sí, sino que se siente responsable de

cooperar, mediante la práctica de la compasión, a fin de que se extienda ampliamente el ámbito de esa iluminación. La meta final es que todos los seres humanos se conviertan en Budas, descubriendo que ya lo son, gracias a la presencia en todo de la naturaleza búdica que todo lo vivifica. Quien proclama esta enseñanza en el Sutra del Loto es el Buda eterno, que existe desde siempre y para siempre, el tathâgata, parafraseado como el «Así-Tal-Cual» o «Así-Siempre-Presente», el Absoluto del budismo Mahayana.²

Lo expuesto hasta aquí es un resumen de la temática fundamental del Sutra del Loto, tal como nos la interpreta Nikkyo Niwano (1906-1999) en su obra *El budismo para el mundo de hoy*, fundador de la asociación budista Risssho Kosei-kai y observador budista en el concilio Vaticano II.

Para situar la obra en su contexto conviene recordar la trayectoria histórica del budismo, que puede dividirse en cinco etapas: 1) Un budismo primitivo, que comienza con Gautama el Buda (aproximadamente 560-480 a.C.). Esta etapa abarca hasta fines del siglo IV a.C. Durante ese tiempo se van escindiendo diversas sectas budistas y el budismo arraiga en la India. 2) Una segunda etapa comprende los tres primeros siglos anteriores a la era occidental y los comienzos del siglo I; el budismo se extiende entonces por Asia oriental. 3) Los tres primeros siglos de nuestra era presenciaron el crecimiento del budismo de la corriente Mahayana; pasa el budismo a Asia central y China. 4) La cuarta etapa abarca desde el siglo IV al VIII; en ella se produce el florecimiento del budismo Mahayana, sobre todo en China; en el siglo IV llega el budismo a Corea y en el VI a Japón.

Los textos de la época primitiva del budismo están recopilados en lengua pali, repartidos en tres grupos conocidos con el nombre de tripitaka, es decir, los tres recipientes o cestas. El primer bloque comprende los sutras o diálogos del Buda con sus discípulos; el segundo, los preceptos disciplinares monásticos; y el tercero, comentarios e interpretaciones. Más adelante, en el budismo Mahayana se producen textos conocidos con el nombre de Prajnaparamita o Sutras de la Perfecta Sabiduría. Entre ellos destacan el Sutra del Corazón y el Sutra de la Perfecta Sabiduría del Diamante. Entre los siglos I y III de nuestra era se elabora, primero en sánscrito y luego en chino, el famoso Sutra del Loto, que influye enormemente en China y en el budismo japonés tanto de Nichiren (siglo XIII) como de muchas corrientes de actualización budista en el siglo XX.

Recordando también la visión de conjunto de las enseñanzas budistas, hay que mencionar, al menos, los temas centrales siguientes:

² He de agradecer al Dr. Kotarô Suzuki su aportación. En conversación con él surgió la conclusión de traducir el *Tathagata* (Buda), en japonés: *Nyorai*, como el Así-Siempre-Presente, en lugar del Así-ido o Así-venido de otras versiones. (Ver: *El Dharma y el Espíritu. Conversaciones entre un budista y un cristiano*, PPC, Madrid, 2007)

1) Los tres tesoros: el Buda, su enseñanza y la comunidad que la transmite. Cuando se recitan los sutras, se comienza con la fórmula ritual que dice así: «Me encomiendo en las manos del Buda, de su enseñanza y de su comunidad». El Buda o iluminado es el maestro Gautama, el sabio del clan de los Shaka (por eso se llama Shakamuni), que se desengañó y se abrió a la iluminación. Pero el Buda es también el Buda eterno que existe desde siempre y para siempre, al que se llama el «Así-Siempre-Presente» (en japonés, Nyorai). Predica su doctrina acerca de la liberación del sufrimiento. Su comunidad es el conjunto de creyentes de todos los tiempos.

2) La interdependencia originaria o interconexión de todo con todo. Ésta es en el budismo la expresión de la verdad última. Se expresa también, de modo más complicado, mediante la sistematización de la «cadena de las doce causas y condiciones». Lo central en ella es la intuición de que todo está relacionado y nada ocurre aisladamente.

3) Las tres marcas emblemáticas de la enseñanza budista. Éstas son los tres rasgos que caracterizan la verdad última del budismo. Se resumen en tres proposiciones: todo es efímero; nada tiene individualidad independiente; el nirvana es la paz absoluta.

4) Las cuatro verdades sublimes. Éste es probablemente el punto más conocido a nivel de divulgación. Corresponden a la primera predicación del Buda histórico. Estas verdades son: la realidad universal del sufrimiento; su causa en el deseo desorientado; su eliminación desde dentro de uno mismo, que conduce al nirvana; y, por último, el camino largo de ocho carriles y las seis virtudes para alcanzarlo. Estos cuatro puntos expresan de una manera mucho más sencilla la misma verdad última a que se refería la enseñanza sobre la interdependencia originaria o interconexión de todo. Constituyen el núcleo de la predicación de Gautama el Buda.

En cuanto al camino de ocho carriles y las seis virtudes, son una manera de expresar precisamente lo que se llama el camino del bodisatva. Los ocho se pueden repartir en tres bloques de sabiduría, acción y contemplación: ver y pensar adecuadamente, sin exagerar; hablar, actuar y vivir equilibradamente, sin exagerar; perseverar, atender y concentrarse unificadamente, sin exagerar. Las seis virtudes son las prácticas básicas del bodisatva en el budismo Mahayana: magnanimidad, observancia, paciencia, diligencia, meditación y sabiduría.

¿Es este budismo una filosofía o una religión? Ni lo uno ni lo otro. O ambas cosas sin distinción, pero no como suelen entenderse en tradiciones occidentales. En la gama inmensa de tradiciones budistas detectamos

expresiones múltiples de una búsqueda del sentido de la vida humana: respuestas prácticas al enigma del sufrimiento y caminos de crecimiento y realización humana en pos de la felicidad auténtica. El denominador común de estas pistas de humanización consiste en dos prácticas fundamentales: la contemplación y la benevolencia.

Evitando debates de escuela, podemos condensar el núcleo de la tradición sapiencial budista en dos grandes temas: a) la lucidez o desengaño (despertar, ser iluminado), que conlleva liberación, pacificación, serenidad; b) la compasión y benevolencia universal (identificación con la corriente profunda de la vida). Con otras palabras, el arte de despertarse y liberarse para vivir de veras, así como el de ayudar a que otras personas se despierten, se liberen y vivan. Habitualmente vivimos engañados y pasamos por la existencia sin vivirla. El camino sapiencial del budismo es una invitación a vivir con lucidez, libertad y solidaridad.

La corriente del budismo llamado Mahayana, o del Gran Vehículo, se remonta a los comienzos de nuestra era en el noroeste de la India. Presenta un contraste notable con el budismo más primitivo. La designación de este movimiento con el nombre de Gran Vehículo, implicaba la minusvaloración de otros budismos anteriores como Hinayana o Pequeño Vehículo, es decir, caminos menos perfectos. El budismo Mahayana insiste en la liberación de todos los seres humanos; su figura típica es el bodisatva: literalmente, «quien está en camino hacia la iluminación», pero renuncia a obtenerla para sí solo y se dedica a ayudar a la liberación de todos los vivientes. Sin limitarse a reverenciar al Buda histórico, hablan del Buda eterno con expresiones que hacen pensar al lector occidental en el Absoluto.

En este budismo Mahayana podemos detectar que subyace una concepción antropológica notablemente esperanzada y esperanzadora, que contrasta con otras interpretaciones de corte pesimista sobre el ser humano, tanto desde dentro como desde fuera del budismo.

Es importante señalar el contraste entre dos tendencias que aparecen en distintas épocas y lugares dentro de la historia del budismo: una muy especulativa y otra más sapiencial. La primera no tiene nada que envidiar a las teorizaciones más abstractas de la escolástica occidental. La segunda puede ponerse al lado de los escritos clásicos de místicos, tanto orientales como occidentales. La tensión entre estos dos universos de discurso tan contrastantes entre sí, el del lenguaje teórico y el de las expresiones poéticas de vivencias inmediatas, llevó a pensadores como Nagarjuna (filósofo budista indio del siglo II, fundador de la escuela Madhyamika o de la Vía Media) a reaccionar desmontando los excesos de ambas tendencias con su escalpelo crítico. La palabra clave de su pensamiento es el «vacío» (sunyata). Se le ha comparado con los pensadores contemporáneos de la «des-construcción», por su arte de desmontar toda clase de dogmatismos.

Si se comprende bien el sentido de la famosa vía media, predicada por Gautama, resultará más fácil relacionar diversas escuelas budistas. El Buda propuso un camino intermedio como paz (arana) para evitar conflictos (rana). Desde el punto de vista del conocimiento, esto nos conduce más allá de escepticismos y absolutismos. Desde el punto de vista de la realidad última, más allá de nihilismos desesperados y de fáciles accesos a lo eterno, nos propone un relativismo muy sano y sensato. De ahí brota una tolerancia característica: no empeñarnos nunca en que nuestra creencia o teoría sean superiores a otras. No colocarse nunca en una perspectiva superior a todas o que supere las condiciones limitadas de su formulación. Lejos, por consiguiente, de todo dogmatismo, fanatismo o fundamentalismo.

En la historia de los budismos, como también en la de otros caminos, se ha actuado a menudo traicionando esta orientación fundamental. Ya un siglo después de la muerte del Buda, hubo divisiones en el segundo concilio budista entre los más conservadores (Theravada) y los más liberales (Mahasamghika, precursores de lo que luego sería el budismo Mahayana).

Pero parece posible encontrar un terreno común en el retorno de las grandes figuras budistas a la intuición fundamental del Buda: el arte de no exagerar. Por ejemplo, personalidades tan significativas del Mahayana como Nagarjuna o Vasubandhu, presentan en sus últimos años rasgos de retorno al Buda histórico, precisamente en ese aspecto tan característico de su vía media entre absolutismos y nihilismos.

El texto del Sutra del Loto, conocido por la traducción literal de su título como el Sutra de la Flor del Loto del Dharma Sublime (Saddharma-pundarika), se sitúa al final de una trayectoria compleja en la historia del budismo, por lo que se presta a que converjan en él diversas tendencias anteriores. Se trata de uno de los textos más importantes dentro de la corriente Mahayana, redactado primero en sánscrito en el siglo I a.C. y, posteriormente, en chino, en el año 286 de nuestra era. Tanto en China como en Japón es bien conocido a nivel popular.

En este texto aparece un Buda eterno que se presenta como «padre del mundo, el que existe autosuficientemente» y predica una doctrina profunda que hasta ahora, dice, no podía ser comprendida. Por eso había sido presentada en el budismo primitivo de forma adaptada para que la entendiesen hasta los más simples. Pero no muestra desprecio hacia el budismo llamado del Pequeño Vehículo por contraste con el del Gran Vehículo, sino insiste en que son una enseñanza única adaptada a la capacidad de escuchar de quien la recibe. Este Buda eterno se caracteriza por una gran compasión hacia todos los vivientes, según la actitud típica del budismo Mahayana, en el que se evita convertir el nirvana en una espiritualidad elitista de evasión de este mundo y se insiste en que la práctica de la contemplación vaya unida a la de las obras de misericordia.

Un tema central, que sirve de motivo dominante a lo largo de ese gran poema que es el Sutra del Loto, está expresado en el lema tan repetido en diversas escrituras del budismo Mahayana: «Todos los vivientes llegan a alcanzar la budeidad» o «Todos los vivientes tienen bussho». La traducción inglesa de bussho suele ser buddha-nature.

Salir de sí es, en el budismo, requisito primero e indispensable para descubrir esta naturaleza búdica: lo mejor de sí mismo. Mientras permanecemos encerrados en el yo egoísta y superficial, no podemos ser felices ni abrirnos a la totalidad de la realidad. Esa realidad del Todo en todo la ejemplifica el Sutra del Loto en la parábola de la joya valiosa que un pobre llevaba cosida al forro de su túnica sin saberlo.

Según las tradiciones budistas más antiguas, cuando a Gautama el Buda se le abren los ojos a la Verdad y cobra conciencia de que ha sido iluminado, no presume de ser la única persona iluminada; lo ocurrido en él puede y debería ocurrir en cualquier otra persona que se percate de que ya lleva dentro de sí «semillas de budeidad» (en japonés, busshu). La expresión tradicional que aparece en las escrituras en sánscrito es tathâgata-garbha, es decir, «matriz de budeidad»: todo el mundo alberga en su interior un «feto de Buda». Aquí radicaría la confianza básica en lo humano, a pesar de sus lados oscuros, y el optimismo antropológico.

La expresión buddha-gotra se tradujo con los dos caracteres chinos de «Buda» o iluminación y «naturaleza» o matriz de donde nace la iluminación. La lectura japonesa de estos dos caracteres es bus-sho, es decir, matriz de budeidad.

Estas nociones suscitarán inevitablemente, en quien esté familiarizado con la historia del pensamiento cristiano, la asociación con nociones provenientes de universos de discurso diversos, pero relacionables con estas expresiones budistas; por ejemplo, «semillas de divinidad», «lo divino de lo humano», «participación de la naturaleza divina».

Hay que evitar también las connotaciones nihilistas. Ayudará a ello apoyarse más en el verbo que en el sustantivo y hablar de «vaciar», «salir de sí» o «perderse para encontrarse». Se trata de salir de la perspectiva cerrada que ve todo desde la relación con el yo estrecho y superficial, para ver las cosas como decía el filósofo japonés Nishida, «desde detrás», «desde el background o telón de fondo», desde el «lugar de la Nada» en la «experiencia pura».

En la tradición budista es fundamental ver las cosas tal y como son, sin exageraciones (en japonés, aru ga mama: tal cual). Verlo todo como es conlleva percatarse de lo efímero, insustancial y relativo de todas las cosas: todo interconexo e interrelacionado con todo.

Es cierto que en el budismo se percibe siempre a los seres humanos en el marco del conjunto de los vivientes. Pero con una diferencia: el ser humano es el viviente que puede alcanzar conscientemente la iluminación. Es

iluminable, posee esencialmente esa capacidad que puede denominarse iluminabilidad.

El Sutra de los sentidos innumerables sirve de obertura al Sutra del Loto. Invita a crecer en confianza, florecer difundiendo la enseñanza y fructificar practicándola. Se dice de ella que sus sentidos son inagotables. En primer lugar, porque es inagotable el aspecto auténtico de toda realidad, el fondo inefable de la verdad única por debajo de todo. Es inagotable, además, porque la infinidad de apariencias o manifestaciones de esta verdad única jamás explica exhaustivamente su sentido profundo riquísimo.

Todo un retablo de bodisatvas, representantes de variedad de vidas virtuosas y modelos imitables, se reúne en torno a Shakamuni en el cerro Pico del Águila. Se escenifican así las «tres joyas» del icono en que se refugia la devoción budista: el Buda, su enseñanza y la comunidad de quienes nos la hacen cercana. El Buda presentado aquí como el Buda eterno, que vivió como el Buda histórico y alcanzó la iluminación, nos invita a percatarnos de que llevamos en nuestro interior una semilla de iluminabilidad o naturaleza búdica. Al percatarse de ello, brota gratitud y solidaridad universal. Desde el comienzo y a lo largo de estos tres sutras destaca la enseñanza de que cualquier persona puede llegar a hacerse Buda (Sutra de los sentidos innumerables, cap. 1: La práctica virtuosa).

¿Qué hacer para alcanzar la iluminación?, preguntan los bodisatvas, y responde el Buda: «Entrad por la puerta de los Sentidos innumerables». Exhorta así, adaptándose a la capacidad de cada oyente, a percatarse de que no hay más que una verdad única, el verdadero rostro de todas las cosas: pasar de las apariencias a la realidad, de las formas al vacío, de la multiplicidad a la unidad, del engaño iluso al desengaño lúcido; parar de dar vueltas en torno a sí mismo y dejar que se transparente lo mejor de uno mismo, perderse para encontrarse.

La reacción de los bodisatvas es la compasión universal hacia el mundo engañado y la dedicación a proclamar la enseñanza liberadora, adaptándose a la capacidad de cada oyente. Florecerá, por tanto, una infinidad de presentaciones en el árbol de la única verdad, que se identifica con el Buda eterno, la vida que todo lo vivifica, que hace que todo esté interconectado y garantiza la armonía del universo (Sutra de los sentidos innumerables, cap. 2: La predicación).

La puesta en práctica de este camino para bien de otros produce diez clases de frutos, que se reducen a dos: la sabiduría, que da lucidez y la compasión, que hace vivir como el Buda: vivir de acuerdo con lo que somos y vivir para los demás. Al percibirlo todo como epifanía de la vida eterna del Buda, hasta los sufrimientos se tornan ocasión de madurar y se alcanza la paz interior (Sutra de los sentidos innumerables, cap. 3: Los diez merecimientos). Hasta aquí la obertura. Comienza, a continuación, el Sutra de la Flor del Loto del Dharma Sublime. En el capítulo primero o prólogo, concluido el sermón

sobre los inagotables sentidos (del sutra anterior), entra el Buda en éxtasis e irradia una luz que se extiende por todos los lugares y épocas. Maitreya pregunta a Manjusri cuál es la causa de este resplandor. Le explican que de un momento a otro el Buda va a predicar la enseñanza del Loto. Como ocurre en el Evangelio según san Juan, la luz brota de la vida: la luz del conocer no engendra vida, pero la vida irradia luz y hace conocer la verdad. Es significativo que aparezcan en este retablo divinidades de otras religiones escuchando al Buda, ya que el hontanar de vida y energía que irradia luz al universo entero es único.

La doctrina es sublime y sólo la captan a fondo los bodisatvas: «Sólo un Buda se la explica a otro Buda». Pero no es monopolio elitista de un grupo; es para todo el mundo. Por eso el Buda eterno recurre a infinidad de recursos o estrategias de salvación; la diversidad de «vehículos de la enseñanza» (Sutra del Loto, cap. 2: Recursos salvíficos), tal como se muestra en las típicas parábolas de este sutra, como la de la «casa incendiada y la evacuación de los niños en una carroza» (cap. 3); la del «padre del hijo pródigo» (cap. 4); la de la «lluvia que cae sobre toda clase de plantas», todas diversas en su individualidad y similares en su capacidad de ser agraciadas por el agua, como los humanos: cada persona es única y todas comparten el fondo común único de la iluminabilidad (cap. 5); la del «espejismo que anima a la caravana en el desierto» (cap. 7). El Buda ha aparecido en este mundo para promover la salvación universal, mediante el despertar al único camino de sabiduría, que reconoce la verdad última de todas las cosas como manifestación de la vida absoluta.

En el capítulo cuarto (Creer y comprender), tras admirarse los discípulos por el oráculo que profetiza para todos la certeza de que se convertirán en Budas, uno de ellos cuenta una parábola que recuerda a la del hijo pródigo del evangelio. Concluye diciendo: el padre de la parábola es el Buda y los hijos somos nosotros; por muchos errores o maldades que hayamos cometido, siempre es posible reconocerlos, arrepentirse y descubrir la propia naturaleza búdica o iluminable que nos salva.

En el capítulo quinto (Parábola de la arboleda), la misma lluvia descende generosa sobre toda clase de plantas por igual, pero cada una la recibe según su capacidad.

Vienen a continuación oráculos que anuncian la consecución de la budeidad a otros discípulos (cap. 6: Oráculo). Abundan en este sutra las llamadas «anunciaciones» u oráculos para animar a los oyentes con la confianza de que alcanzarán la iluminación, porque en todos hay semillas de iluminabilidad (caps. 6, 8, 9, 10, 11, 13).

En el capítulo séptimo (La ciudad encantada) el Buda evoca su trayectoria pasada y cuenta la parábola del espejismo, en la que el guía de una caravana se vale de un conjuro maravilloso para provocar la aparición de una ciudad encantada y animar así a los caminantes a proseguir la marcha hasta ella.

Es, al fin y al cabo, un recurso; pero es un recurso salvífico. El vehículo de los sravakas o primeros oyentes de la enseñanza y el de los pratyekabuddhas, que buscaban la salvación por sí mismos y para sí mismos, eran comparables a este espejismo: estratagema de que se vale el Buda para que todos se salven.

En el capítulo octavo (Oráculo para quinientos discípulos), el Buda anuncia a otros sravakas su logro de la budeidad. Aquí se encuentra una de las parábolas más emblemáticas para comprender el sentido de la naturaleza búdica presente en todas las personas.

Un menesteroso que pasa penalidades viviendo de limosnas y de sencillos trabajos eventuales, ha llevado consigo durante años una perla preciosa cosida en el dobladillo de su capa. Portador de un tesoro incalculable, jamás se percató de ello. Todo había comenzado cierto día en que visitó a un amigo con el que disfrutó de una buena cena. Copa tras copa, la sobremesa se prolongó hasta que el visitante cedió a la somnolencia. Su amigo, a punto de partir de viaje, prefirió no despertarle. Como regalo de despedida quiso dejarle una perla preciosa y, para evitar que la perdiera, la prendió hábilmente en el dobladillo de la capa del visitante zurciendo a su alrededor. Después le escribió unas líneas de despedida, pero no mencionó la perla, para que fuera una sorpresa. Despierta a la mañana siguiente el enriquecido sin saberlo, pero no se percata del tesoro con que ha sido agraciado. Pasan años y peripecias de viaje por otro país, trabaja duramente y ha de resignarse a vivir con la mayor frugalidad. Un día, inesperadamente, coincide en mitad de un camino con su viejo amigo. Extrañado éste al ver su aspecto miserable, le reprocha el haber desperdiciado su regalo. Mas el amigo no sabe a qué se refiere. «Cuando paraste en mi casa, te dejé cosida en el dobladillo del cuello de tu capa una joya valiosa». Efectivamente, ahí se hallaba intacta la preciosa perla. «Por no darte cuenta has pasado penalidades. ¡Qué insensato has sido! Ahora sólo tienes que tomar esa joya, cambiarla por dinero y tendrás cuanto necesites, sin padecer sufrimientos ni carencias».

Tras escuchar esta parábola, el monje Ajñata-Kaundinya agradece al Buda la enseñanza y dice: «El Buda es como el amigo de la parábola. Nos ha enseñado que cada persona abriga en su interior un tesoro inapreciable: la iluminabilidad. Por eso podemos, mediante la práctica del Camino, alcanzar la iluminación».

Esta breve parábola de la perla escondida enseña más que muchos tratados sobre la felicidad. ¿Dónde encontrar el camino para esta felicidad? El Buda diría: «La iluminación está ya dentro de ti». El Maestro de Nazaret habría dicho: «El reinado de los cielos está ya dentro y entre vosotros» (Lc 17, 21). «Un hombre sembró un campo. De noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla germina y crece sin que él sepa cómo» (Mc 4, 26-29). «Tienes un tesoro dentro de ti, pero en frágil vasija de arcilla», habría dicho Pablo (2 Cor 4, 7). El secreto de la felicidad está en nuestro interior. Es como la flor del loto: florece

en medio del barro e inesperadamente. Ni el barro le impide florecer, ni podemos programar el momento de abrirse sus pétalos.

Prosiguiendo con la lectura, a otros discípulos también se les anuncia su futura iluminación (cap. 9: Oráculo para principiantes y formados). Expone el Buda los frutos que corresponderán a quienes veneren debidamente el Sutra del Loto, ponderando los méritos de quien recite siquiera uno solo de sus versículos y contrastándolo con el daño de quien ose hablar mal de una sola de sus palabras (cap. 10: El predicador del Dharma).

En el capítulo once (Aparición de la pagoda preciosa) aparece una gran pagoda en lo alto del cielo, que contiene en su interior al Buda Abundantes Tesoros, que había prometido desde antiguo hallarse siempre presente dondequiera se predicase el Sutra del Loto. El Buda Shakamuni lanza desde su frente rayos de luz a los cuatro puntos cardinales y hace venir a infinidad de Budas y bodisatvas. El Buda Shakamuni es invitado a sentarse en la pagoda junto al Buda Abundantes Tesoros. A todos los bodisatvas presentes se les hace subir por los aires a rodear la pagoda y, en el marco de esta escenificación, se revela la actualidad viva del Buda eterno y el envío de los bodisatvas a practicar y difundir la enseñanza del Loto en este mundo de pesares.

La figura de Devadatta (cap. 12: Devadatta, el don de los dioses), que tan mal se lo hizo pasar al Buda, y la de la niña de doce años, hija del soberano dragón, confirma la igualdad de toda criatura a la hora de convertirse en Buda. A continuación, más oráculos, acompañados de promesas de predicación (cap. 13 y 14). Innumerables bodisatvas vienen de todas partes del mundo, rinden culto al Buda y de él reciben el encargo de predicar. Han surgido de la tierra, es decir, del mundo corriente y cotidiano al que regresarán para ayudar a la salvación universal (cap. 15: Bodisatvas surgidos de la tierra).

Llegamos al clímax de la obra. Si la principal idea en la primera parte había sido la del único Vehículo, ahora la clave es el Buda en su eternidad, su omnipresencia y omnisciencia. Se expone la longevidad incalculable del Buda que promete estar siempre presente allí donde se proclame esta doctrina. Expandiéndose en círculos concéntricos, se ha ido repitiendo a lo largo de todo el sutra el tema central de que todos abrigamos en nuestro interior semillas de iluminabilidad. Los oyentes se han ido percatando de esta verdad. Es el momento de que se les predique sobre la naturaleza y actuación del Buda eterno: vive desde siempre y para siempre, inmutable, imperecedero, vivificador de todos los vivientes, que viven unidos a esa fuente de toda vida, de la que cada viviente es manifestación.

Cambia, a partir de aquí, nuestro modo de ver vida y muerte, al mismo tiempo que se transforma cada persona en bodisatva compasivo que vive para los demás. Lo ejemplifica la parábola del médico. No podía persuadir a sus hijos para que tomaran el antídoto contra el veneno. Recurre a la estratagema de alejarse y fingirse muerto para lograr convencerles. La moraleja invita al

oyente a descubrir en la cotidianidad las personas que son bodisatvas para nosotros y a convertirnos por nuestra parte en bodisatvas para los demás, en la praxis de la compasión y la solidaridad (cap. 16: La longevidad del Así-Siempre-Presente).

En los capítulos siguientes aparecen diversos bodisatvas, entre quienes destacan Jamás Menosprecia (cap. 20), que resulta fundamental para comprender la enseñanza sobre el sentido del perdón, y Acogedor del Mundo, que «escucha con sus ojos y ve con sus oídos» los sufrimientos de todos los seres y extiende sus manos misericordiosas para auxiliar y salvar al mundo entero. El bodisatva Kanzeon (o Kannon) es el prototipo que personifica este estilo de vida (cap. 25). «Kanzeon» es un compuesto de tres caracteres: Kan (mirar), Ze (el mundo), On (sonido). La representación icónica ha recurrido a figuras con infinidad de ojos y oídos para ver y escuchar el clamor de todas las personas angustiadas, además de infinidad de manos para atender toda necesidad. Tras la época de persecuciones, los cristianos japoneses que mantenían su fe ocultamente utilizaron estatuillas de Kannon como imágenes de la Virgen, con el nombre de «María Kannon, madre de misericordia».

El pórtico de salida lo constituye el tercer sutra del tríptico, titulado Sutra de la práctica ascética para contemplar al bodisatva Sabiduría Consumada.

Retomando al final de esta exposición los dos puntos mencionados al comienzo, hay que destacar la importancia del primero de los tres sutras del tríptico, el de los Sentidos innumerables, para relativizar el lenguaje religioso y para acentuar la importancia de la pluralidad de expresiones y manifestaciones, por debajo de las cuales hay un “solo vehículo único”. Ahí está la aportación central del Sutra del Loto, que es, a la vez, un reto para tradiciones religiosas habituadas a enfatizar la exclusividad y especificidad única de la propia religión.